

APUNTACIONES SOBRE CLASIFICACION BIBLIOGRAFICA

Compulsando la edición de 1942 del «Derwey»

— por Armando González Rodríguez —

UNA clasificación de las ciencias es algo difícil y escabroso, tanto, que los mismos doctos no han logrado ponerse de acuerdo en una que a todos los satisfaga, y circulan hoy día por las esferas cultas las clasificaciones de Ampère, Comte, «Spencer, Wundt, etc., cada cual con sus adeptos. Y cuenta que prescindimos de las de los antiguos filósofos que, desde Aristóteles hasta Bacon, también hicieron las suyas.

Si tal ocurre con la clasificación de las ciencias ¿qué no ocurrirá con la clasificación bibliográfica! En efecto, por complicado que sea reducir a una clasificación estas disciplinas del intelecto a que damos el nombre de «ciencias», el clasificar todos los libros y folletos y aun hojas impresas habidos y por haber, es infinitamente más complicado todavía, como que en este caso se trata de inscribir dentro de un esquema de materias, además de las ciencias propiamente tales, todo aquello en que el espíritu puede pensar, todo lo que puede ser objeto de nuestra atención reflexiva, y por tanto, reducido a letras de molde, desde lo más abstracto o espiritual, como serían la ontología y la mística, hasta lo más empíreo y grosero, como podrían ser, pongo por caso, la técnica de la recolección o incineración de la basura, la propaganda de un laxante, el elenco de accionistas de alguna sociedad anónima o un programa de catch-as-catch-can.

Se puede ser un matemático profundo, un geólogo peritísimo o un astrónomo de fuste, sin albergar en el magín nin-

guna clasificación de las ciencias; sin poseer aun la noción filosófica de «ciencia». Esto quiere decir que la clasificación de las mismas no es algo que responda a una necesidad imprescindible del investigador, sino más bien a una exigencia del espíritu especulativo y abstracto, anhelante de síntesis, de definición y coordinación. En cambio, no se concibe una biblioteca útil sin su catálogo de materias. Esto quiere decir que la clasificación bibliográfica es un imperativo ineludible de la cultura; que toda biblioteca de cierto tamaño debe adoptar una clasificación, sea original o ajena.

Pues bien, entre los diversos intentos de clasificación bibliográfica, descuella, sea por su pretensión de universalidad, sea por la ciclópea labor puesta a su servicio, sea por la magnificencia editorial y la organización que le han servido de permanente propaganda, la llamada «clasificación decimal», ideada por el americano Mr. Melvil Dewey y publicada por primera vez en 1876. El haber llegado a nuestras manos un ejemplar de la décima cuarta edición de la obra* nos ha incitado a hilvanar algunas reflexiones acerca de la misma y de la clasificación bibliográfica en general, reflexiones que esperamos puedan ser de alguna utilidad para nuestros bibliotecarios chilenos.

*

¿En qué consiste la famosa «clasificación decimal» de Dewey? Como lo sugiere su nombre, es una adaptación del sistema métrico decimal a la clasificación bibliográfica. Divide el conjunto de la producción escrita en diez grandes materias o ramas, cada una de las cuales se divide en otras diez, y así sucesivamente, en forma indefinida. A cada una de estas materias o sub-materias se le asigna un número, el que, a pesar de ser un decimal, para mayor simplificación y comodidad se escribe como si fuera entero.

Esto permite intercalar entre las materias existentes en un momento dado, todas las nuevas materias o subdivisiones que se quiera, sin que ninguna de las anteriores pierda la cifra

* «Decimal Classification and Relative Index», by Melvil Dewey. Forest Press Inc. Lake Placid Club. Essex County. N. York, 1942.

que se le asignó de una vez para siempre: bastará con la formación de nuevos decimales, correspondientes a las materias que se desea agregar.

He aquí las diez ramas matrices:

0. Obras generales.
1. Filosofía.
2. Religión.
3. Ciencias sociales.
4. Filología.
5. Ciencia pura.
6. Artes útiles.
7. Bellas artes.
8. Literatura.
9. Historia.

Tomemos las «Ciencias puras», designadas por la cifra 5.

Sus diez subdivisiones son:

50. Generalidades.
51. Matemáticas.
52. Astronomía.
53. Física.
54. Química.
55. Geología.
56. Paleontología.
57. Biología. Antropología.
58. Botánica.
59. Zoología.

Si de entre las «ciencias puras» elegimos la «Física», la dividirá Dewey en otras diez ramas:

530. Generalidades.
531. Mecánica.
532. Hidráulica.
533. Neumática.
534. Acústica.
535. Óptica.
536. Calor.
537. Electricidad.
538. Magnetismo.
539. Física molecular.

Las subdivisiones de la Optica estarán representadas por diez milésimos, y por ejemplo, la cifra 5357 representará la «Optica fisiológica»; y una de las nuevas divisiones de esta última será la cantidad decimal de cinco cifras 53575, que corresponderá a «Papel de la retina en la visión». Se percibirá más nítidamente el sistema, si superponemos las cifra precedentes, escribiéndolas en su verdadera forma decimal:

1. Conjunto de todas las materias.*
- 0, 5. Ciencias puras.
- 0, 53. Física.
- 0, 535. Optica.
- 0, 5357. Optica fisiológica.
- 0, 53575. Papel de la retina en la visión.
- Etc.

Ahora bien, para facilitar la ubicación de una materia dada dentro de un catálogo que puede contener varios miles de títulos en divisiones y subdivisiones, Dewey complementa su sistema con un índice general de materias por orden rigurosamente alfabético—el «Relative Index»,—en el cual, al lado de cada una de las dichas materias va anotada la cifra respectiva, lo que permite aun al consultante de cultura primaria dar en un instante con los nombres de los libros que necesita. No estará demás advertir que, en el sistema Dewey, el almacén de los libros es un trasunto cabal del catálogo; en otras palabras, éstos son colocados en los anaqueles por estricto orden de materias, tal como las fichas que los representan se hallan distribuídas en el fichero. De este modo el catálogo de materias casi hace las veces de catálogo topográfico.

El sistema de la «Clasificación decimal» comprende, pues, dos cosas: 1.ª Un *método*, o sea, un principio dado de clasificación consistente en dividir las materias en grupos y sub-gru-

* El entero, o sea, la unidad aritmética, representa el conjunto de todas las materias, cada una de las cuales será simbolizada por una división decimal de la unidad. Así, la «Filosofía» será designada por la cifra 0,1. No confundir, pues, la cifra *decimal* reservada a la Filosofía, escrita para mayor comodidad como si fuera un entero, con la verdadera unidad aritmética, que corresponde al conjunto de todas las materias. Por lo demás, esta unidad real no es utilizada jamás en la práctica.

pos de a diez, a cada uno de los cuales se asigna la cifra decimal correspondiente, que lo caracterizará de una vez para siempre; y 2.ª la materialización o aplicación de este método en un repertorio concreto de tópicos, el lucubrado por Dewey. Porque, entiéndase bien, el *método* Dewey pudo ser aplicado en una forma concreta diversa; o sea, con los mismos principios de Dewey se pudo llegar a una clasificación diferente, así como con unos mismos principios químicos, biológicos y terapéuticos, se pueden elaborar dos o más productos farmacológicos para una determinada enfermedad.* Nos interesa recalcarlo, por cuanto la mayoría de los reparos que haremos en seguida se referirán no al método mismo de Dewey, sino a la clasificación concreta a que han llegado él y sus sucesores, aplicando aquel método.

Hablemos primeramente del método mismo.

Desde luego debemos reconocer que nos sorprende por su ingeniosidad, paralela a su sencillez. Nos hallamos en presencia de una de estas peregrinas creaciones del ingenio que nos recuerdan la anécdota del huevo de Colón. ¡A cualquiera se le habría ocurrido!—nos dice una primera y superficial impresión; mas un examen más atento de la cosa nos hace justificar la nombradía del autor, el primero que después de tantos siglos tuvo el atisbo genial.

Nótese la importancia del carácter decimal de las cifras de la clasificación. Si las materias hubieran sido representadas por números enteros, no habría habido disponibilidad de cifras para nuevas subdivisiones de las materias establecidas en la primera confección del catálogo.

Por otro lado, el hecho de que los libros estén ubicados en los anaqueles por estricto orden de materias, facilita enormemente la compulsión directa de los mismos al estudioso que conozca el sistema de la clasificación decimal. Si bien es cierto que las bibliotecas públicas no permiten ni pueden per-

* Pongamos un ejemplo. Si en vez de las diez materias fundamentales ideadas por Dewey, ponemos las siguientes: 0. Obras generales; 1. La materia; 2. El universo; 3. La tierra; 4. La vida; 5. El hombre; 6. La sociedad; 7. La historia; 8. El arte; 9. El culto, habremos llegado a un resultado específico diferente utilizando el mismo *método*.

mitir el acceso de los lectores a los almacenes de libros, ello está permitido en las bibliotecas de carácter más o menos particular, como ocurre, v. gr., con las bibliotecas universitarias de los Estados Unidos, algunas de las cuales son inmensas.

También es preciso elogiar en el sistema Dewey su idea de universalidad. En efecto, no deja de ser cómodo para el estudioso, para el trota-bibliotecas, digamos, el encontrar el mismo sistema de clasificación en todas las que necesita consultar. En realidad, la universalidad ha constituido una aspiración en muchas de las manifestaciones de la actividad humana, y así se ha acariciado el ideal del idioma universal, del sistema métrico universal, de la moneda universal, etc. Ha sido también una iniciativa muy interesante ésta de una clasificación bibliográfica universal.

Peró el sistema tiene sus graves defectos, aún en su aspecto de simple método o principio de clasificación.

Anotemos desde luego que es fundamentalmente anti-científico. ¿Por qué? Porque la división de las diversas materias y sub-materias en grupos de a diez, por muy ingeniosa que sea, es arbitraria y nada tiene que ver con la realidad que aquí se trata de dividir, realidad que dará el criterio de lo científico o anti-científico de la división. ¿Por qué el conjunto de la producción escrita habría de dividirse *precisamente* y *forzosamente* en diez ramas? ¿Por qué no en ocho o en doce?* De aquí el que a cada paso el sistema Dewey nos ofrezca divisiones divorciadas de la lógica. Desde luego, en la primera gran división decimal advertimos que la «Literatura» está fuera de las «Bellas Artes», siendo que es una de ellas, sin embargo. Pero había que hacer diez ramas, ni una más y ni una menos. ¿Por qué las Matemáticas, la Física, la Química, la Biología, etc., habrían de dividirse idénticamente en diez ramas?... Es claro que si las divisiones son menos, cabe el recurso —utilizado por Dewey— de dejar una o más cifras en blanco, digamos vacantes, en espera de recibir la

* En realidad cada división comprende nueve miembros—de 1 a 9,—por cuanto el primero,—simbolizado por un 0,—es consagrado siempre a nociones generales, referentes a toda la materia subdividida.

nueva rama que traerá el tiempo. Pero ¿y si las ramas son más de diez?... Entonces sólo cabría colocar la o las excedentes como subdivisiones de las ramas anteriores. Pero como, por hipótesis, se trata de ramas de la misma jerarquía o del mismo grado, se incurriría en una falta de lógica inaceptable. No estará demás advertir que el progreso asombroso que en nuestro tiempo experimentan la ciencia y la técnica nos enfrenta a cada paso con multiplicaciones de ramas de una disciplina dada, que no toleran ajustarse al zapato chino de la división decimal. Esto lo comprobaremos luego al examinar el sistema en su materialización concreta en la clasificación Dewey.

El procedimiento de ubicar los libros en los anaqueles por estricto orden de materias, con todas las ventajas que ya le reconocimos, tiene sus graves inconvenientes. Desde luego, no permite el aprovechamiento máximo del espacio disponible. Muchas veces, atendida la materia, habrá que ubicar en un mismo anaquel volúmenes de los más diversos tamaños, lo que obligará a dejar entre un anaquel y el superior un espacio igual al volumen mayor de los en él colocados, perdiéndose el espacio sobrante por encima de los volúmenes más pequeños. Al ubicar los libros por tamaño, el espacio disponible se aprovecha al máximo, lo cual ocurre, v. gr., en nuestra Biblioteca Nacional. En los Estados Unidos el inconveniente no es tanto por cuanto la práctica editorial hace que la gran mayoría de los libros sea de un tamaño muy semejante.

La ubicación de las obras según su materia las somete, en virtud del crecimiento de cada biblioteca, a una movilidad permanente, con el consiguiente deterioro. Al ubicar los libros en los anaqueles según un criterio de tamaño, cada libro adquiere una colocación definitiva, de la cual sólo será movido para la consulta. Esto mismo hace que sea mucho más fácil y rápido encontrar un libro con el sistema de ubicación corriente que con el sistema Dewey.

Examinemos ahora la materialización del sistema Dewey en la clasificación concreta efectuada por él y su escuela.

Prescindamos del primer miembro de la división fundamental, consagrado a ciertas manifestaciones o trabajos intelectuales de carácter general, tales como «Bibliografía», «Biblioteconomía», «Enciclopedias generales», «Poligrafías», etc. Las agrupa Dewey bajo la cifra «0». Y entremos al miembro que ocupa la cifra 1, o sea, la Filosofía. Sus nueve subdivisiones (la décima, repetimos, es reservada siempre a tópicos comunes a todas las ramas) son:

1. Metafísica.
2. Otros tópicos metafísicos.
3. Psicología fisiológica, anormal y diferencial.
4. Doctrinas y sistemas filosóficos.
5. Psicología.
6. Lógica y dialéctica.
7. Ética.
8. Filósofos antiguos y orientales.
9. Filósofos modernos.

¿Qué dicen a esto los entendidos?... Creemos que no es necesario haberse doctorado en el ramo para afirmar, ante la simple inspección de ese esquema: esto es absurdo. ¿Qué tiene de científico o de meramente racional eso de separar en grupos diversos la «Metafísica» de «Otros tópicos metafísicos»? Cuando se dice «Metafísica» a secas, se entiende la totalidad de la metafísica, sin excluir nada; de otro modo se impone un adjetivo limitativo. Lo mismo en el caso de la Psicología. Comprendríamos la división clásica de «Psicología racional o metafísica» y «Psicología empírica». Pero no comprendemos que, fuera de una «Psicología» sin adjetivos, haya todavía lugar para una «Psicología fisiológica, anormal y diferencial». Advirtamos que, en las ediciones anteriores del Dewey, el título o si se quiere la etiqueta de esta subdivisión era mucho más vaga: «Espíritu y cuerpo» («Mind and body»). En realidad, la zona apriorística de la Psicología no se halla tratada bajo el rubro de «Psicología», sino en «Otros tópicos metafísicos» (N.º 128 y 129, en la clasificación).

Dentro de la «Metafísica» y en toda la «Filosofía» falta la Teodicea. ¿Cómo se ha podido incurrir en tal omisión? En «Religión» y bajo el rubro de «Teología natural», se consideran tópicos de Teodicea, pero sin que figure ésta en su totalidad. En todo caso, las materias respectivas habrían estado mucho más en su lugar en Filosofía que en Religión.

La Epistemología (Gnoseología o Criteriología), es una rama de la Filosofía que, a partir de Descartes y muy especialmente de Kant, ha adquirido un sitio de primer orden entre las disciplinas filosóficas. Antes se la trataba como una parte de la lógica (la llamada «lógica crítica»); pero ahora ocupa un sitio separado, ya que tiene su objeto específico propio, diverso del de todas las demás ramas de la Filosofía. Para el sistema Dewey, sin embargo, la Epistemología no es más que una subdivisión de «Otros tópicos metafísicos». Comprenderíamos que se considerara a la Epistemología como un capítulo de la Psicología; pero ¿de la Metafísica?...

En este cajón de sastre de «Espíritu y cuerpo», o, como reza la edición de 1942, «Psicología fisiológica, anormal y diferencial», nos encontramos con un rubro insospechado: las «Ciencias ocultas», que tratan de los espíritus o fantasmas («ghosts»), los oráculos, sortilegios, augurios, brujerías, magia, demonios, astrología y demás supercherías ocultistas. ¿Pero todo esto dentro de «Filosofía»?... Se diría una broma pesada y del peor gusto. ¿Qué hubieran pensado Voltaire y Feijoo de barbaridad semejante? Es claro que el ocultismo debe tener su sitio en una clasificación bibliográfica, y lo encuentra naturalmente dentro de Religión, ya que no es más que una de las formas primitivas o degenerativas del sentimiento religioso. ¡Pero en Filosofía!...

Nos choca sobremanera el que la «Historia de la Filosofía» se halle tratada en tres partes distintas: entre las «Generalidades» (N.º 109), en «Doctrinas y sistemas filosóficos» (N.º 140) y en «Filósofos antiguos, orientales y modernos» (N.º 180 y 190). Esto no es ni científico ni práctico, ni de sentido común.

En el rubro de «Filósofos modernos» (N.º 190), se ha encontrado sitio nominal para ocho filósofos «americanos y

canadienses», ocho ingleses, ocho alemanes y ocho franceses.* Esto halagará naturalmente el patriotismo norteamericano, pero hiere el más elemental sentido de las proporciones. En efecto, cualquiera de los pensadores europeos allí mencionados pesa incalculablemente más que todos los norteamericanos juntos en la balanza de la filosofía universal. Y cuenta que, en aquel elenco de filósofos europeos, faltan muchísimos de primera categoría. En Francia no figuran Montaigne, Pascal, Voltaire, Maine de Biran, De Bonald, Taine, Fouillée, Renouviér, Bergson, etc. Y como no hay un departamento para los filósofos holandeses—que figurarán en el saco común de «Other modern philosophers»—tampoco hay mención nominal del inmenso Espinosa en una clasificación en que figuran Jonathan Edwards, Orestes A. Brownson, Noah Porter y otros filósofos igualmente «conocidos en su casa». Se nos dirá que la clasificación admite la inserción nominal de todos los omitidos, con la formación de las respectivas cifras decimales. Muy bien: pero entonces Espinosa y los otros figurarán con cifras de seis o más números decimales, en tanto que los respetables americanos mencionados figuran con cuatro. O sea, aparecerán en un lugar de la jerarquía muy inferior al que les corresponde. *Y todo ¿por qué? Porque, al dividir los «Filósofos modernos» en nuevos grupos—el haberlos dividido en once o más habría vulnerado el sistema—no hubo sitio propio para los holandeses, como tampoco lo hubo para los italianos, españoles, belgas, etc. ¿Y por qué aquella omisión de tantos

* No se confundan estas menciones nominales de filósofos (y más adelante, de literatos) considerados como Jefes de escuelas, o sea, como tópicos de una división de materias, con la mención que de los mismos se hace en el catálogo de autores, del cual prescindimos totalmente en el presente estudio. El catálogo de autores los comprende a todos, sin excepción, y con la totalidad de sus obras adscritas al nombre respectivo. Las menciones nominales del catálogo de materias, en cambio, sólo incluyen a los que pueden considerarse representantes típicos de alguna escuela o etapa literaria o filosófica, y no con la totalidad de su producción, sino tan sólo con la parte incidente en el género respectivo. El nombre de Voltaire, pongamos por caso, figurará en la rama «Poesía» del catálogo de materias, con su «Henriade», su «Poème de Fontenoy», *La Pucelle d'Orléans* y demás obras de carácter épico o lírico; figurará en «Novelas» («Fictions») con su *Candide* y restantes producciones análogas; en «Teatro» con *Oedipe*, *Zaire*, *Mort du César*, *Mahomet*, etc.; en «Historia» con *Siècle de Louis XIV*, *Charles XII*, *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, etc.; en «Ensayos» con *Le pour et le contre*, *Lettres anglaises ou philosophiques*, etc. Y en «Filosofía», finalmente, debería figurar con su *Dictionnaire philosophique*, etc.

franceses y alemanes de primera categoría? Porque, si sólo cabía insertar nominalmente a ocho, los demás debían ser relegados al departamento de «Otros filósofos». O sea, siempre chocamos con esta exigencia arbitraria y anticientífica de la división en *diez*, ni más ni menos.

Llama la atención la ausencia de la «Estética» entre las diversas disciplinas filosóficas. Dewey la ha situado entre las «Generalidades» de las Bellas Artes. Comprendemos que en cada una de estas últimas se estudie la Estética respectiva, o sea, una aplicación particular de la teoría general. Pero la teoría misma es del dominio de la Filosofía y no de las Bellas Artes. De hecho ¿quiénes son los que han especulado acerca de la belleza y formulado su definición y principios? Platón, Aristóteles, San Agustín, Diderot, Baumgarten, Kant, Hegel, Jouffroy, Guyau, etc., es decir, los filósofos. No sabemos que Fidias, Rafael, Beethoven o Debussy, se hayan ocupado de Estética. Pero no insistamos en cosas que no se discuten.

Es sencillamente incomprensible que dentro de la Lógica no se haya reservado un sitio para el «método» y «los métodos». Sólo en la «Metafísica» (!) hay un departamento de «Metodología» que trata de la «clasificación filosófica del conocimiento y la «terminología», y no corresponde, por tanto, a esa parte de la Lógica que se ocupa del Método.

Finalmente ¿por qué, al enumerar los «Filósofos modernos»; se comienza por los norteamericanos, que no son más que los continuadores de la tradición filosófica europea? Dewey adoptó un criterio geográfico; partió de casa para alejarse después en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, no parece que sea éste el criterio más recomendable para agrupar a los filósofos, sobre todo en una clasificación de aspiraciones universalistas. Volveremos a comprobar que, pese a su propósito de ofrecer un trabajo de validez universal, Dewey ha hecho una clasificación para norteamericanos, la que, si puede ser utilizada por extraños, sigue siendo esencialmente norteamericana.

Y pasemos al N.º 2 de la clasificación, o sea, a Religión. Fuera de la división consagrada a «Generalidades», que reaparece encabezando todas las diversas ramas de la clasificación y que en todas se caracteriza por la cifra «0» añadida a la propia de la rama—en este caso, por lo tanto, 20—el tópico Religión tiene las siguientes subdivisiones:

21. Teología natural.
22. Biblia.
23. Dogmática.
24. Devoción. Práctica.
25. Homilética.
26. La Iglesia. Instituciones y obras.
27. Historia general de la Iglesia.
28. Iglesias y sectas cristianas.
29. Religiones no cristianas.

Al encerrar en un esquema todo lo referente a un fenómeno social tan antiguo, tan vasto y tan complejo como el religioso, aconsejaría la lógica proceder de lo antiguo a lo moderno y de lo general a lo particular. O sea, debería comenzarse por el estudio del fenómeno religioso en sí y por la clasificación de sus manifestaciones o expresiones fundamentales; por lo que podríamos llamar la sociología de la Religión, a lo que debió corresponder la cifra 21. Pues Dewey comienza por el rubro de «Teología Natural», que encierra algunos de los tópicos de la Teodicea, según lo dijimos en el párrafo consagrado a la «Filosofía», y otros que no son Teodicea ni Teología Natural, como v. gr., «Religión y ciencia», cuyo contenido se refiere especialmente a la Biblia.

Salta a la vista que, al abordar el estudio histórico del fenómeno religioso, no son las nociones de Dios ni mucho menos la de la Biblia las primeras que nos salen al encuentro.

Pasa en seguida Dewey al estudio directo de la Biblia, pero no como la fuente principal de la religión hebraica, sino como el libro sagrado del cristianismo. (Mucho más adelante, en el N.º 296, estudiará el «Judaísmo».) ¿De modo que en la historia de la evolución religiosa de la humanidad nos encontramos con el cristianismo antes que con el feti-

chismo, el totemismo, el animismo, el politeísmo en sus múltiples formas; antes que con las religiones egipcias, asirias, caldaica, indostana, persa, judaica, helena, para mencionar a las más conocidas?...

Después de los diversos aspectos de las religiones cristianas (dogma, liturgia, disciplina, organización, etc.), nos encontramos con el rubro de «Religiones no cristianas», que incluye a las primitivas y anteriores a nuestra era, aunque no desgraciadamente según estricto orden cronológico, ya que la griega y romana figuran antes que el brahmanismo o el judaísmo. En todo caso, están aquí, al final, las materias que debieron estar al principio. Pero es preciso expresar que este título de «Religiones no cristianas», aplicado a la materia que abarca, es inexacto y desorientador. Sugiere la enumeración de las religiones actuales no cristianas, cuando trata en realidad de toda la evolución religiosa de la humanidad anterior al cristianismo y aún de la sociología de la Religión. Llamar a todo eso «Religiones no cristianas» es más o menos como englobar a los países asiáticos bajo la etiqueta de «Pueblos no alemanes».

Antes de abandonar este rubro de «Religión», anotemos una omisión deplorable: entre las «Herejías» no figura la de los albigenses, que puso en peligro en el siglo XII la unidad religiosa de Francia y que así por lo radical de sus negaciones como por lo antisocial de sus principios, constituyó una de las mayores amenazas que ha debido afrontar la Iglesia católica en todos los tiempos. Figuran, sí, los albigenses, al lado de los valdenses, entre las agrupaciones víctimas de persecuciones religiosas (N.º 2723) y como una de las «Sectas protestantes» (N.º 284.4). En realidad, los valdenses, que suelen ser confundidos con los albigenses pero que jamás se identificaron con ellos, antes a veces se combatieron, abrazaron el protestantismo a principios del siglo XVI. Pero la importancia de tales valdenses como secta protestante es infinitamente menor que la de los albigenses como herejía anticatólica. ¿Cómo explicar, entonces, la mención de los unos al lado de la omisión de los otros? Sencillamente porque los autores de la clasificación que comentamos han procedido con criterio

anglo-sajón y protestante y, consecuentemente, han dado desproporcionada importancia a todo lo referente al protestantismo. Verificamos una vez más, pues, que la clasificación Dewey no se inspira de hecho en ese criterio de universalidad que constituye uno de sus propósitos iniciales y fundamentales. Universal en principio, en la realidad ha resultado una clasificación norteamericana y para norteamericanos. Añadamos otra prueba de ello, antes de pasar a la materia siguiente. En el rubro de las «Asociaciones» se consagra una página entera a las «Young Men's Christian associations», cuyas subdivisiones se llevan hasta detalles como éste: «Empleados ferroviarios» (se subentiende, pertenecientes a la dicha asociación protestante). En cambio, la «Conferencia de San Vicente de Paul», institución de caridad fundada hace algo más de un siglo por el eminente catedrático de la Sorbonne, M. Frederic Ozanam y difundida por todos los países en que hay católicos—floreciente en Chile y también en los Estados Unidos—no es siquiera mencionada, ni aun en el «Relative Index».

*

Las «Ciencias Sociales» ocupan el N.º 3 en la clasificación Dewey. Se subdividen así:

30. Generalidades.
31. Estadística.
32. Política.
33. Economía.
34. Derecho.
35. Administración. Ciencia militar.
36. Bienestar e instituciones sociales.
37. Educación.
38. Comercio y Comunicaciones.
39. Costumbres y Folklore.

Al revés de lo que ocurre en Filosofía y en Religión, las «Ciencias Sociales» nos ofrecen una subdivisión excelente. Desde luego constituye un acierto el encabezarla por la «Estadística», que es hoy día la base de cualquier estudio social serio.

Sin embargo, hay lugar a ciertos reparos, los que pasamos a formular en seguida.

Para comenzar ¿dónde está la Sociología? Porque al inspeccionar el esquema de las diez primeras ramas de las Ciencias Sociales no vemos entre ellas a la Sociología. Figura en realidad, pero como una subdivisión del rubro inicial, «Generalidades». Evidentemente, esto no es científico. La Sociología debió figurar en un mismo plano con el Derecho, la Economía, la Política, etc. En cambio, se la relega a un plano secundario, en un mismo nivel con elementos tan dispares como los «Compendios», los «Diccionarios», los «Ensayos», los «Periódicos», etc., todos los cuales, a mayor abundamiento, representan divisiones «de forma» y por este solo motivo no debieron alinearse junto con la «Sociología», que es una rama particular de los conocimientos humanos.

¿Y por qué no figuró la Sociología en el primer plano? Ya lo saben los lectores: porque no había lugar para más de diez títulos. Y a la fecha de la primera edición del Sistema Dewey, la Sociología no disfrutaba todavía del reconocimiento o de la consagración general como una ciencia social con objeto formal propio. Por eso no la ubicaron en el mismo plano que el Derecho, la Economía, etc. Pero como ahora ya no hay un sitio de primera categoría vacante, la Sociología tendrá que ocupar hasta el fin de los siglos un lugar de segundo orden dentro de las Ciencias Sociales.

¿Por qué la Educación figura entre las Ciencias Sociales? No es una ciencia que tenga por objeto el cuerpo social como tal, cual ocurre con la Administración Pública o con la Economía. El que redunde en beneficio de la sociedad y constituya una función del poder público no basta para considerarla como una ciencia social. También la Higiene Pública es una función del Estado y redundante en provecho de la colectividad, y con todo, la cataloga Dewey, y muy acertadamente, como una rama de las ciencias médicas, o sea, entre las Ciencias aplicadas. La Educación, del mismo modo, es típicamente una ciencia aplicada.

También lo es la «Ciencia militar», que Dewey incluye entre las Ciencias Sociales como una rama de la Administración.

¿La táctica militar, la estrategia, la caballería, la artillería, etc., ramas de la Administración y Ciencias Sociales?... ¡Vamos, esto es demasiado! Evidentemente, dentro de cada rama y de cada unidad de las Fuerzas Armadas existe un departamento administrativo; pero también lo hay en los hospitales, en los hoteles y en los teatros, los que no por eso figuran entre las Ciencias Sociales, bajo el rubro de «Administración».

Si examinamos las materias comprendidas en «Comercio y Comunicaciones» (38), advertimos que no son más que elementos de Economía Política desglosados del capítulo correspondiente—el de la Circulación—o bien elementos de la técnica comercial y de las comunicaciones, y que en tal calidad deberían sumarse a los rubros que el mismo Dewey agrupa dentro de las Ciencias Aplicadas, N.º 65, bajo el título de «Communication. Business». El haber desglosado materias propias de la Economía Política (N.º 33), de la técnica mercantil y de las comunicaciones (N.º 65), para hacer con todas ellas un nuevo tópico de clasificación intitulado «Commerce. Communication», es contrario a la lógica, si nos situamos en el punto de vista teórico, y si nos situamos en el práctico, o sea, de la pura biblioteconomía, es algo como calculado para desorientar y hacer cometer errores al personal catalogador, y para complicar el trabajo de dar con los libros requeridos, propio del lector o consultante.

Queremos dejar constancia expresa de que estamos analizando las grandes divisiones de la clasificación Dewey, sin descender, por lo general, a las subdivisiones, donde también habría mucha tela que cortar. Así, por ejemplo, que los entendidos en ciencias económicas juzguen la división que hace de las mismas la clasificación decimal:

330. Generalidades.
331. El trabajo y los trabajadores.
332. Economía financiera.
333. La tierra: propiedad, derechos y renta.
334. La cooperación.
335. Socialismo y comunismo.
336. Hacienda Pública. Impuestos.
337. Proteccionismo y libre cambio.

338. Producción. Manufacturas. Precios.

339. Capital. Consumo. Pauperismo.

Huelgan los comentarios.

A pesar de todo, estimamos que la clasificación de las «Ciencias sociales» es, en general, bastante buena, lo que no nos fué permitido reconocer respecto de las de Filosofía y Religión.

*

El N.º 4 corresponde a «Filología».

Como título de una división, esta palabra tiene el inconveniente de la vaguedad o multiplicidad de su significado. ¿Qué se entiende por Filología? El Diccionario de la Academia le señala dos significados: 1.º «Estudio de una lengua y de las manifestaciones del espíritu a que ella sirve de medio de expresión», sentido en el cual abarca la literatura, la historia, la filosofía, la arqueología, etc., y según el cual se habla de «Filología clásica», «Filología oriental», «Filología germánica», etc.; y 2.º «Estudio científico de la parte gramatical y lexicográfica de una lengua». Fuera de estas dos significaciones por decirlo así «oficiales», la Filología (y en este caso suele añadirse el adjetivo de «comparada») equivale también a la Lingüística.* La primera de estas tres acepciones es la más generalizada.

Pues bien, Dewey le asigna a «Filología» un contenido que en cierto sentido no cubre los anteriormente indicados, ya que excluye esas «manifestaciones del espíritu» a que la lengua sirve de expresión, y que en otro sentido los excede o rebasa, ya que incluye, por ejemplo, hasta los textos de lectura usados en las escuelas (N.º 4286). Según esta clasificación, pues, el «Lector Americano» y demás obras de su género son elevados a la dignidad de obras de Filología.**

* No estará demás recordar que la Enciclopedia Británica inserta su monografía acerca de la Lingüística, en la palabra «Filología», ninguno de cuyos restantes significados desarrolla.

** Para ser más precisos diremos que los libros de primeras letras son ubicados por Dewey en Educación (N.º 3724) y las antologías escolares de carácter literario en Literatura (N.º 8088), quedando en Filología sólo los textos intermedios.

Estimamos muy acertada la agrupación de todas las materias referentes al lenguaje en sí mismo, en su calidad de mero instrumento de las ideas, en una sola gran división bibliográfica, como lo ha verificado Dewey en este N.º 4. Lo que objetamos es la etiqueta de «Filología», que no corresponde al contenido. Si en vez de ella se hubiera puesto «Lenguas», se habría logrado una perfecta correspondencia entre el título y la materia.

He aquí la subdivisión de «Filología»:

40. Generalidades.
41. Filología Comparada.
42. » inglesa.
43. » alemana.
44. » francesa.
45. » italiana.
46. » española.
47. » latina.
48. » griega.
49. » de otras lenguas.

Respecto de cada idioma se incluyen todos los estudios de carácter formal: gramática histórica, prosodia, analogía, sintaxis, etc., según ya lo anotamos.

En la jerarquía de los idiomas nos encontramos con la misma arbitrariedad o con ese mismo sello regional y empírico que nos sorprendió en la jerarquía de los filósofos y de las religiones.

A cualquiera se le habría ocurrido comenzar por las lenguas matrices y más antiguas, para descender por orden digamos genealógico a las derivadas y modernas. Pues Dewey empieza por el inglés (¡se lo habla en los Estados Unidos!), para pasar en seguida al alemán (invirtiendo el orden histórico y genético); coloca las lenguas romances antes que el latín, y éste antes que el griego, para meter finalmente el venerable sánscrito en el saco de las «Otras lenguas». Es en estas «Otras lenguas» donde encontramos un cuadro aproximativamente científico de los idiomas, en el cual le hubiera bastado a Dewey con insertar los idiomas europeos en el sitio que les corres-

pondría para haber satisfecho a la exigencia de universalidad propia de su clasificación.

La ordenación de los idiomas hecha por Dewey presenta, fuera de los inconvenientes anotados, el de colocar lenguas muertas entre familias de lenguas vivas, de tal modo que el que parte del inglés o del francés debe pasar por el latín, el griego y el hebreo antes de dar con lo que por ventura buscaba: alguna lengua aborígen americana o australiana.

El N.º 5 corresponde a la «Ciencia pura», campo que, por sernos extraño, sólo nos permitirá unas cuantas observaciones.

He aquí la división decimal:

50. Generalidades.
51. Matemáticas.
52. Astronomía.
53. Física.
54. Química.
55. Geología.
56. Paleontología.
57. Biología. Antropología.
58. Botánica.
59. Zoología.

El primer grado de una división de las ciencias no puede hacer mención de la «Paleontología», la «Botánica» ni la «Zoología». En efecto, la primera es una rama de la Geología, y las dos últimas lo son de las ciencias biológicas. Con igual criterio debió mencionar la Aritmética, la Geometría, el Algebra, etc. Nuevamente nos encontramos con los inconvenientes de este pie forzado de la división en diez; como las «Ciencias puras» no eran tantas, fué necesario conculcar ese precepto lógico según el cual los términos de una división deben ser irreductibles, o sea, no deben estar incluidos unos en otros.

Ahondando más en esta parte de la clasificación Dewey, nos sorprende ver la «Navegación», la «Astronomía náutica» y hasta las «Efemérides» y la «Cronología» (con su cortejo de calendarios, métodos para medir el tiempo, etc.) entre las

«Ciencias puras». Nosotros consideramos las disciplinas enunciadas como ejemplos típicos de «Ciencias aplicadas».

*

Respecto de las «Artes útiles» o «Ciencias aplicadas», ubicadas en el N.º 6 de la clasificación*, sólo nos limitaremos a repetir que faltan entre ellas esas materias cuya presencia indebida en otros departamentos ya hemos señalado o señalaremos: Educación, Ciencias militares, Navegación, Astronomía náutica, Efemérides, Cronología, Geodesia, Topografía, Fotografía, etc.

*

Las Bellas Artes ocupan la cifra 7 y se subdividen así:

70. Generalidades.
71. Jardinería y urbanismo.
72. Arquitectura.
73. Escultura.
74. Dibujo y decoración.
75. Pintura.
76. Grabado.
77. Fotografía.
78. Música.
79. Diversiones.

Observaremos primeramente que el «Grabado» se halla implícitamente comprendido en «Dibujo y Decoración», por lo que no debió figurar como miembro de una división de primer grado. En cambio, echamos de menos dos de las Bellas Artes,

* Se subdividen así:

60. Generalidades.
61. Medicina.
62. Ingeniería.
63. Agricultura.
64. Economía doméstica.
65. Comunicaciones y Comercio.
66. Tecnología química.
67. Manufacturas.
68. Oficios mecánicos.
69. Edificación.

del todo irreductibles a las enumeradas: la Danza y la Declamación. Esta última se halla ausente de la clasificación Dewey. Es cierto que se la alude en Retórica, dentro del género de la oratoria (N.º 8085), y dentro de la música, en los recitados acompañados de la misma (N.º 78425), o melopeas; pero, como se comprende, ni dentro de la Música ni dentro de la Retórica es posible tratar la declamación o recitación propiamente tal. Sin embargo, Dewey reconoce la existencia de la Declamación, ya que dentro de Educación se hallan clasificadas las «Salas de Recitación» (N.º 371621). No nos explicamos, pues, que al arte de la Declamación o Recitación, base del arte teatral, no se le asigne el sitio aparte que le corresponde entre las Bellas Artes.

En cuanto a la Danza o Coreografía, la incluye Dewey entre las «Diversiones», que ocupan el último lugar de las Bellas Artes. No aceptamos esta inclusión, por cuanto la Danza, así como la Recitación, constituye una expresión o género artístico irreductible a ninguno de los restantes.

Por lo demás ¿qué «Diversiones» son éstas entre las cuales se ha ubicado a la Danza? Cualquiera creería que se trata de diversiones de carácter estético únicamente. Pero nó: se trata de las diversiones en general, y entre ellas son consecuentemente mencionados y subdivididos los circos, las «menageries», los juegos de naipes, los deportes en su totalidad, las carreras de caballos, la pesca y la caza, etc.

Pues bien, decir que la ubicación de estas cosas entre las Bellas Artes constituye un error craso, sería poco; eso es una profanación.

Si inspeccionamos el contenido de la «Fotografía», advertiremos que nó sólo incluye el aspecto meramente estético de la cosa, lo que le da un título a figurar entre las Bellas Artes, sino todo el aparato técnico, que no es más que un capítulo de las «Ciencias aplicadas». Nos resistimos a tolerar que la «preparación de la cámara obscura» (N.º 7702832), los «obturadores» (772136), los «procedimientos por el cloruro de plata sobre papel engomado con otras substancias» (N.º 772136), etc., puedan ser considerados como una rama de las Bellas Artes.

Y pasemos a la Literatura.

La Literatura—ocupa la cifra 8—se subdivide así:

80. Generalidades.
81. Literatura americana.
82. » inglesa.
83. » alemana.
84. » francesa.
85. » italiana.
86. » española.
87. » latina.
88. » griega.
89. Otras literaturas.

Como se vé, se repite aquí la misma exhibición de espíritu local o nacionalista que hemos lamentado a propósito de la Filosofía y de la Religión, consistente en ordenar las manifestaciones regionales de un fenómeno cultural universal, tomando la propia casa como centro del universo, con prescindencia absoluta del encadenamiento genético que asigna a esas manifestaciones una jerarquía natural, no arbitraria, en el espacio y en el tiempo. Esto nos obliga a repetir que es absurdo colocar a la literatura americana (es decir, la de los Estados Unidos) antes que la inglesa; a ésta antes que la germana; a las literaturas romances antes que la latina y a la latina antes que la griega; que la literatura portuguesa es de primera y no de segunda categoría (mera subdivisión de la española), como asimismo es de primera categoría la literatura provenzal, que en el siglo XIII era indiscutiblemente la primera de Europa, y que para Dewey no es más que una subdivisión de la francesa. (Tanto la literatura portuguesa como la provenzal poseen una jerarquía cultural y estética muy superior a la de la literatura norteamericana, lo que no es ofender a ésta, que no existía todavía cuando aquellas ya habían brindado sus más opimos frutos.)

La literatura rusa es peor tratada aun que las recién nombradas, por cuanto no se la menciona nominalmente.

En el Índice de Referencias, en que figuran la «Iglesia rusa» (N.º 2819), el «Caballo de carrera ruso» (N.º 6361271), etc., no figura la «Literatura rusa». Habrá que darla por incluida entre las «Otras literaturas indo-europeas» (N.º 891), esto es, con cuatro cifras como *minimum*.

Anotaremos, finalmente, que literaturas de la opulencia de formas, profundidad de contenido y potencia vital que exhiben las de la India o Israel, no pueden ser relegadas al saco de «Otras literaturas», y por tanto, a un rango inferior a ninguna de las existentes. No tenemos ser impugnados al expresar que la literatura hebrea, como substancia, vale enormemente más que la latina. ¿Por qué, entonces, se la colocó en un rango inferior? ¿Cómo ha sido posible ubicar a la dicha literatura hebrea y a la indostana a la misma altura que se asigna a la africana y a la malayo-polinesia? Frente a tales aberraciones dan ganas de pensar que esta clasificación Dewey ha sido estructurada no por humanistas sino por mercaderes ambulantes, por faltos que han valorado las culturas milenarias de la Palestina o el Indostán, con el criterio de su poder de compra o su *standard* de vida actual, en lo cual efectivamente pueden no hallarse muy por encima de Madagascar o las islas Marshall.

Repitamos nuestra interrogación ¿por qué todo esto? Y respondamos una vez más; Porque las divisiones debían ser diez, ni más ni menos. Por esto no hubo sitio de primera categoría (vale decir, número clasificador de dos cifras) para las literaturas china, india, hebrea, árabe, provenzal, portuguesa, escandinava ni rusa.

Después de las reflexiones anteriores sobre la división general de «Literatura», entremos a la consideración de algunos de sus pormenores o aspectos particulares.

Ojeando aquella división se advierte que toda la materia queda en realidad distribuída en dos grandes secciones; *a*) la literatura general o comparada; y *b*) las literaturas particulares, o sea, las de las diversas lenguas tomadas individualmente. La primera sección queda encerrada íntegra en la cifra 80, y la segunda ocupa las restantes, o sea, 81-9.

En la sección correspondiente a la Literatura general y comparada (N.º 80) se ubican los diccionarios, compendios, periódicos, sociedades, etc., de carácter literario, las colecciones o antologías de varias literaturas, la estética y preceptiva literarias y las historias generales de la literatura.

Quedan en departamentos separados la Estética literaria (N.º 801) y la Retórica (N.º 808). Habría sido mejor reunir las, ya que, por lo general, los tratados de Retórica (tomada la palabra en el sentido de Preceptiva literaria) se abren con un estudio acerca de estética literaria, y la Retórica íntegra no es más que una aplicación permanente de la Estética a los diversos aspectos técnicos de la creación literaria.

En estas «Generalidades» de Literatura (N.º 80) debemos lamentar la ausencia de la crítica literaria, la que no se confunde con la Historia de la Literatura. Uno de los críticos más sutiles y profundos de todos los tiempos, Sainte-Beuve, no escribió ninguna Historia de la Literatura, pero sí centenares de monografías críticas.* En el Índice de Referencias figura la crítica literaria como incluida en el N.º 801, cuyos encabezamientos rezan: Filosofía, Teorías, Estética literaria. Pues bien, con ninguna de ellas se identifica la crítica, y en rigor, ninguna la comprende. La crítica tiene un objeto formal diverso, cual es la aplicación a obras particulares de los principios generales formulados por aquellas disciplinas. El mismo Dewey parece reconocerlo, ya que en el N.º 701 de Bellas Artes nos encontramos con la subdivisión siguiente:

- 70111. Concepto general. Naturaleza y carácter.
- 70117. Estética.
- 70118. Crítica de arte.

¿Por qué, tratándose del Arte en general, gozaría la «Crítica» de existencia substantiva, de autonomía frente a la Estética, y no ocurriría lo propio en el caso de una de las Bellas artes, la Literatura? Lo ignoramos.

* Seleccionando y surciendo trozos de Sainte-Beuve, M. W. Wilmotte, ha conseguido ordenar una *Littérature française des origines à 1870*, editada con el nombre del ilustre crítico como autor; pero se trata de una rapsodia y no de una verdadera historia literaria.

Bajo la cifra 808 son cobijadas la Retórica y las Antologías generales, reservándose las subdivisiones 8081-7 para aquélla, y las subdivisiones 8088-9 para éstas. En la siguiente forma:

- 8081. Poesía.
- 8082. Drama.
- 8083. Novela (Fiction).
- 8084. Ensayos.
- 8085. Oratoria.
- 8086. Cartas.
- 8088. Antologías de diversas literaturas.
- 8089. Literaturas de lenguas artificiales y universales (esperanto, etc.).

Anotemos primeramente que los diversos géneros literarios, las antologías generales y las literaturas de los idiomas «artificiales» son cosas demasiado heterogéneas para figurar como miembros de una división.

Las cifras 8081-7 corresponden a los diversos géneros literarios e integran el tratamiento de la Retórica. Estos mismos géneros, tratados aquí desde un punto de vista abstracto y preceptivo, reaparecerán luego en las diversas literaturas particulares como las grandes divisiones del repertorio de cada una de ellas. Para Dewey parecen ser, pues, los géneros únicos, los géneros «standard». Sobre esto volveremos.

¿Dónde ubicar los tratados sobre el estilo, sobre las figuras literarias y demás tópicos que suelen y deben incluirse en la Retórica? Sencillamente no les encontramos cabida, a pesar de que según el Índice de Referencias deben ser ubicados dentro de este N.º 808. Decimos que no les encontramos cabida por cuanto las «Generalidades» (N.º 8080), deben referirse a tópicos comunes y no a puntos particulares de la materia en cuestión, y las cifras reservadas a la Retórica (N.º 8081-7), se hallan monopolizadas por los siete géneros únicos de Dewey. ¡Sin embargo, hasta en Chile se han escrito y publicado monografías sobre las «Figuras literarias»!

Tampoco vemos dónde ubicar los estudios acerca de los géneros literarios considerados no individualmente, sino «in

genere»; los estudios, v. gr., acerca de la definición, clasificación, legitimidad y evolución (o fijeza) de tales géneros.

En cuanto al esquema de los «Géneros literarios» que nos brinda Dewey, diremos que es muy discutible y en todo caso incompleto. Esta división es incompleta, desde luego, porque prescinde de la literatura didáctica. Todo escrito de cierta extensión, así trate de Química, de Zoología o de Geografía, se inspira, desde el punto de vista de la forma, en ciertas normas que son del dominio de la técnica literaria y lo encasillan dentro de un género. La descripción de una especie zoológica, por ejemplo, aun cuando por su contenido sea científica, tiene una forma que cae bajo el dominio de la Literatura, y Buffon y Fabre, entre muchos otros, son célebres por el primor literario de sus escritos a la vez que por su ciencia de naturalistas. Si esto vale respecto de ciencias tan áridas como la Zoología, a fortiori valdrá para disciplinas que dan mayor cabida a la imaginación y al sentimiento, cuales son la Filosofía, la Historia, la Política, la Sociología, etc. Falta pues, la Didáctica, entre los diversos géneros literarios.

Falta también la Fábula, a pesar de la importancia que ha tenido en todas las literaturas, desde los más remotos tiempos. Pero como era preciso mencionar a algunos de los fabulistas más notorios, y los hay quienes han escrito en prosa y quienes en verso, Dewey colocará al griego Esopo en el cajón de sastre de la «Miscelánea», y en «Poesía» al latino Fedro, al francés La Fontaine y a los españoles Iriarte y Samaniego. Pero ha habido muchos fabulistas más. Y si queremos, v. gr., compulsar a todos los fabulistas franceses (son más de trescientos) existentes en una biblioteca ordenada según la clasificación Dewey, nos será imposible, ya que dicha clasificación no los reúne en parte alguna bajo su carácter común de «fabulistas».

Aun cuando la división de los géneros literarios adoptada por Dewey fuera correcta—y acabamos de ver que no lo es—, ofrece sus graves dificultades el someter a las diversas literaturas a un patrón común en esta materia. Por una razón muy sencilla: dentro de ciertos límites, cada literatura ha experimentado una evolución más o menos original, de lo que re-

sulta que tal género, que ha logrado un desarrollo y una perfección eminentes en una literatura dada, en otra se halla en pañales o no es cultivado en absoluto. ¿Cómo, v. gr., podríamos hablar de una «Oratoria» en la literatura india o en la persa? ¿Cómo de una «Mística» en la literatura griega o en la latina clásicas? En la literatura española, en cambio, la «Mística» ocupa un lugar importantísimo y ha dado margen a algunas de sus creaciones más geniales y a la vez más características. ¿Qué hace Dewey con los místicos españoles? Los ubica en un departamento muy cómodo ideado para el caso: la «Miscelánea». En esta «Miscelánea» nos encontramos con Alfonso el Sabio, el P. Mariana, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Saavedra Fajardo, Jovellanos y Milá y Fontanals, en amigable camaradería. Pero esto no es clasificar.

Lo que decimos de la «Mística» podríamos decirlo también, tratándose de la literatura española, del «Artículo de costumbres», del «Auto sacramental» o las «Comedias de capa y espada». A este respecto, no concebimos que una clasificación de los géneros entregue en un solo bloque la inmensa producción del teatro español, particularmente el del siglo de oro: debió subdividírselo en sus sub-géneros más importantes.

Este mismo criterio habría exigido, en la literatura francesa, un departamento especial para la «Oración fúnebre», dentro de la cual produjeron obras maestras autores de la talla de Bossuet, Massillon, Flechier, Bourdaloue, Lacordaire, Dupanloup, Freppel, etc., y otro para la «Crítica literaria», magistralmente cultivada por el ya mencionado Sainte-Beuve, por Taine, Brunetière, Faguet, Lemâitre, Lanson, Doumic, etc. A los dos primeros de estos críticos los ubica Dewey, impropriamente, entre los ensayistas; a los demás los omite totalmente.

En cuanto a los géneros a los cuales asigna Dewey su legítima importancia, sorprendemos a veces en ellos la ausencia de algunos de sus más eminentes representantes. Así, en la «Novela» francesa moderna, al paso que figura el mediocre Victor Cherbuliez, no son mencionados Zola, Anatole France, Barrès, Maupassant ni Loti: y en la española faltan Pérez

Galdós, Pereda, Alarcón, la Pardo Bazán y Blasco Ibáñez. Y, volviendo a la «Miscelánea» o cajón de sastre de la literatura española: ya que se incluyó en ella a los eruditos Milá y Fontanals y Amador de los Ríos, y aun al obscuro Pascual de Gayangos (de cierta notoriedad, eso sí, en el mundo anglosajón, por su labor en la sección española del Museo Británico y por su traducción al castellano de la «Historia de la literatura española» de Ticknor) ¿por qué se omitió al príncipe de la erudición y de la crítica hispana, Marcelino Menéndez y Pelayo? No se concibe ningún panorama de la cultura española sin el nombre de aquel ilustre humanista, el primer animador de las letras hispanas en la segunda mitad del siglo XIX y el gran reivindicador de los valores culturales de la península al través de su historia.

Se concibe muy bien una clasificación bibliográfica de la Literatura en que no figuren los autores como títulos o encabezamientos de subdivisiones; pero si se opta por hacerlos figurar, tenemos derecho a exigir que en la mención u omisión de los mismos se respete esa jerarquía de sus valores aceptada o consagrada por el consenso general. Los casos que acabamos de citar, y que sería fácil multiplicar, nos comprueban que la clasificación Dewey falla deplorablemente en este sentido.

Antes de abandonar este tópico de la Literatura, queremos dejar constancia de que nos hemos limitado a señalar los vacíos digamos enormes o imperdonables del sistema Dewey. De haberle aplicado una crítica minuciosa o exigente, habríamos hecho hincapié en deficiencias de menos bulto, como sería, v. gr., el no haber otorgado la categoría de género literario independiente al periodismo, el que nuestro autor incluye en el «Ensayo», lo que a lo menos nos parece muy discutible.

*

La última rama de la clasificación corresponde a la «Historia», cuya cifra es «9», y que se subdivide así:

90. Generalidades.
91. Geografía y Viajes.
92. Biografía.

93. Historia antigua.
94. Europa.
95. Asia.
96. Africa.
97. América del Norte.
98. América del Sur.
99. Oceanía. Regiones polares.

Al inspeccionar el esquema anterior, cualquiera piensa que los números 94-9 corresponden a divisiones geográficas. Pues no: son divisiones de la Historia, la que en vez de haber sido distribuída entre sus épocas sucesivas, lo ha sido por continentes. Es claro que la cifra 93, Historia antigua, sugiere que en seguida vendrán la «Historia de la Edad Media», la «Historia Moderna» y la «Historia Contemporánea», en conformidad a la división universalmente aceptada. Pues tampoco: para la «Historia Antigua» el mundo es considerado como una unidad, mas para las épocas posteriores se le considera fragmentado en continentes que evolucionan aisladamente. Eso sí que, dentro de cada continente, la Historia es tratada en su forma cronológica acostumbrada.

Pero ¿dónde ubicar esas obras, tan numerosas, que estudian períodos históricos sin circunscribirse a regiones determinadas, sino englobando en ellas al mundo entero? Se ha pretendido subsanar este inconveniente introduciendo en las «Generalidades» (N.º 90), un departamento para las «Historias Universales» y las «Historias Generales Modernas». Por «Historia Moderna» entiende Dewey no la que va desde la toma de Constantinopla por los turcos (año 1453) hasta la Revolución francesa (1789), sino todo el inmenso período siguiente a la Edad Antigua, o sea, posterior a la caída del Imperio Romano de Occidente en poder de los bárbaros (año 476). Este período es dividido en diez—¡eh las eternas diez!—subdivisiones, la primera de las cuales va desde la fecha indicada hasta el año 1199, correspondiendo las restantes a los nueve siglos siguientes, los cuales se hacen terminar matemáticamente cada año 99. Pero ocurre que las obras de historia general no suelen tratar de siglos, sino de «períodos», los

que ya nombramos como de aceptación universal. Insistimos en que el método Dewey no proporciona una ubicación adecuada para estas obras (y, repetimos, son muchas y algunas muy importantes); y, en cambio, nos ofrece un casillero para el tratamiento de la historia por siglos, destinado en gran parte a quedar ocioso.

Con las aclaraciones anteriores apreciaremos lo ilógico de una división cuyos miembros enfocan sucesivamente las siguientes materias: Generalidades de Historia; Geografía y Viajes; Biografías; Historia Antigua; Historia de Europa; Historia del Asia; Historia del Africa; Historia de América del Norte; Historia de América del Sur; Historia de Oceanía y regiones polares.

Basta con poner los ojos en esta división decimal para advertir su divorcio de la lógica. Pero ahondemos algo en su contenido.

Una razón pedagógica ha aconsejado hacer de la Historia y la Geografía una sola asignatura en los planteles de enseñanza. Pero no vemos el motivo para unir las en una clasificación bibliográfica. Rigurosamente hablando, la Geografía y la Historia tienen objetos formales no sólo distintos sino totalmente disímiles. ¿Qué tiene que ver, en efecto, la *descripción* de nuestro planeta en sus formas actuales—que esto es la geografía—con la *narración* de los hechos de las diversas sociedades humanas a través de su evolución, que esto es la historia? La Geografía es una de las «Ciencias puras» y podría ser inscrita como una subdivisión de la Astronomía o quizás como una de las Ciencias geológicas. La Historia, en cambio, podría ser considerada como una de las Ciencias sociales, aunque tal vez sería preferible mirarla como una disciplina sui generis, única. En tal sentido es lógico que constituya una de las ramas de primer grado de toda clasificación bibliográfica.*

* Para Ampère (*Essai sur la philosophie des sciences*) la Geografía es una de las «Ciencias geológicas». M. Edmond Goblot (*Essai sur la classification des sciences*) considera a la Geografía física como «un capítulo restringido, pero muy escudriñado, de la Astronomía general». Y Wundt, por su parte, (*Sistema de filosofía científica*) ubica a la Historia entre las «Ciencias del espíritu» y a la Geografía entre las «Ciencias de la naturaleza», como hermana de la Astronomía.

En confirmación de lo dicho anotaremos la circunstancia de que la Historia y la Geografía son el objeto de especializaciones diversas y ninguno de los geógrafos célebres figura a la vez como historiador de categoría ni viceversa.

Después de la «Historia Antigua» la clasificación que estamos examinando divide la Historia no por épocas, sino por países, según ya lo expresamos. Pero al tratamiento de los países europeos precede un estudio de Europa considerada como un todo (no se hace lo mismo con las demás partes del mundo: ¿Por qué?..), estudio que nos ofrece singularidades dignas de ser anotadas y comentadas.

Esta «Europa» es dividida por Dewey en cinco épocas:

- 9401. Europa medioeval.
- 9402. Europa moderna.
- 9403. Guerra mundial.
- 9404. Historia militar de la guerra mundial.
- 9405. Segunda guerra mundial.

¿Se dá cuenta el lector de lo que esto significa? Se equiparan un período de diez *siglos* y otro de cinco—la Edad Media y la Moderna, respectivamente—con un período de *cuatro años*—la guerra de 1914-8—y otro, la actual guerra mundial, que según todas las probabilidades no sobrepasará mucho esta última cifra! No comprendemos qué motivos hayan podido inducir a los autores de esta clasificación a asignarle tan exorbitante y descómunal importancia a la guerra de 1914 y a la presente. Para que se advierta lo desproporcionado del sitio concedido a estos períodos de *años*, manifestaremos que las cifras de las divisiones correspondientes a la Edad Media y a la Moderna (hasta 1914) juntas—períodos de quince siglos—caben en una página, en tanto que las cifras de la sola guerra de 1914—cuatro años—ocupan treinta y cuatro páginas.

Una razón que podría haber justificado el extremar en esta forma las subdivisiones de la historia de la guerra de 1914-8, sería la existencia de una literatura desproporcionadamente abundante acerca de la misma. Pero ¿será posible que en las bibliotecas de los Estados Unidos—cuyo material bibliográfico suponemos habrá servido de patrón o guía a Dewey para

realizar su clasificación—haya treinta y cuatro veces más libros acerca de la última guerra mundial que los que hay acerca de toda la Edad Media y toda la Edad Moderna juntas? Porque ésta es la proporción exigida por aquellas subdivisiones. Nosotros no hemos hecho un inventario de la existencia de las bibliotecas norteamericanas en materia histórica; pero una cosa podemos asegurar: la Reforma protestante y las guerras a que dió origen, así como la revolución francesa y su guerras, son períodos históricos cada uno de los cuales por sí solo ha tenido mucho más importancia en la evolución del mundo occidental que la guerra de 1914-8.

No haremos hincapié en las subdivisiones de la Historia de la Edad Media y de la Moderna, que están lejos de ser un dechado de perfección. El carácter relativamente panorámico del presente estudio nos impide descender a esos detalles.*

Al llegar a la historia particular de los países europeos, Dewey divide los de Europa en la siguiente forma:

- 941. Escocia. Irlanda.
- 942. Inglaterra. Gales.
- 943. Alemania. Austria. Checoslovaquia. Polonia. Hungría.
- 944. Francia.
- 945. Italia
- 946. España. Portugal.
- 947. Rusia.
- 948. Noruega. Suecia. Dinamarca.
- 949. Otros países.

* Sin embargo, presentaremos sin comentarios esas subdivisiones, para que el lector las juzgue por sí mismo: Períodos de la Edad Media:

- Formación de las nuevas naciones.
- Edad del Feudalismo.
- Edad de la caballería.
- Las cruzadas.

Períodos de la Edad Moderna:

- Renacimiento (1453-1517)..... (64 años)
- Reforma (1517-1789)..... (272 años)
- Período napoleónico (1789-1815) (26 años)
- Siglo XIX (1815-1914)..... (100 años)

Volvemos a encontrarnos aquí con los inconvenientes de la división por diez. ¿Por qué las historias de Polonia, Bohemia y Hungría, son reducidas a meros capítulos de la Historia de Alemania? ¿Y dónde está la Historia del Imperio Bizantino, con su duración de más de diez siglos y con su colosal importancia cultural y política? Pues, señor, está incluida entre «Otros países de Europa», así como aquí están igualmente Holanda, Bélgica, Suiza, Turquía, etc. ¿Por qué? Sencillamente, porque las divisiones disponibles eran nueve y los miembros reales de la división, muchos más.

Algo parecido ocurre con la división de los países de América del Sur. Se da un sitio aparte a las Guayanas, y en cambio, Panamá y Ecuador figuran como apéndices de Colombia. ¿Quién pondrá en duda que el Ecuador posee mucho mayor importancia cultural, política y económica que las Guayanas? También aquí eran más los miembros reales de la división que los nueve casilleros ofrecidos por la clasificación Dewey.

Como sudamericanos, como chilenos, tendríamos títulos para protestar por el hecho de que esta clasificación no haya efectuado ninguna subdivisión en la historia de cada uno de nuestros países, de donde resulta que mientras las cifras clasificadoras correspondientes a todos ellos caben en media página, las cifras correspondientes a la Historia de los Estados Unidos ocupan *noventa y ocho* páginas. No haremos hincapié en esta desproporción un sí es no es deprimente, por cuanto cada biblioteca particular puede realizar en su catálogo todas las subdivisiones que quiera en la rama de la «Historia de Sud-América». Sin embargo ¿no tiene el catálogo Dewey la pretensión de prestar servicios universales?

En cambio, sí objetaremos el que en la cifra 982 figure el nombre de «Patagonia» al lado del nombre de Argentina. ¿Por qué, en una división cuyos miembros son entidades políticas (países), se desliza uno, la Patagonia, que es una entidad geográfica?... Y en la cifra N.º 986 figuran: Colombia, Panamá, Nueva Granada y Ecuador. ¿Qué representa hoy día el nombre de «Nueva Granada»? Una simple reminiscencia histórica. No debió figurar, pues, al lado de nombres que corresponden a países *actuales*.

Hemos tenido la curiosidad de comprobar las diversas menciones del nombre de Chile en el Índice de referencias: son únicamente dos, y se refieren a la «controversia con Chile de 1891-2», en la historia de los Estados Unidos (N.º 97386) y a la historia misma de Chile (N.º 983). Nada más. Si de cuestiones internacionales se trata, inmensamente más importantes que aquella controversia nuestra con Estados Unidos, han sido las que en el curso de nuestra historia hemos tenido con el Perú, con Argentina y aun con España. ¿Por qué se silencian estas últimas y se consigna la primera? He aquí una nueva comprobación de que esta clasificación Dewey, universal o cosmopolita en principio, en el hecho ha sido estructurada de cabo a rabo desde el ángulo de los Estados Unidos. En una fórmula general, justificada por las numerosas observaciones convergentes ya apuntadas, diremos que el sistema Dewey ha tratado todos los problemas imaginables—científicos, históricos, literarios, políticos, filosóficos, etc.—proyectándolos como círculos concéntricos cuyo centro se halla siempre en los Estados Unidos y cuyo radio es tanto mayor cuanto más lejana es la relación del fenómeno considerado con dicho país.

*

De todo lo dicho hasta aquí se desprende que la clasificación Dewey, ingeniosa y útil, adolece de graves defectos tanto esenciales como de aplicación.

El problema práctico que nos crea es el siguiente: ¿Vale la pena transigir con sus errores, con sus omisiones, con su empirismo y casi estamos por decir con su pragmatismo reñido a cada paso con los principios científicos de clasificación; vale la pena aceptar todo esto, decimos, a trueque de gozar de sus ventajas? ¿a trueque, especialmente, de utilizar esta herramienta clasificadora formidable, «opus multorum camellorum», representada por el magno volumen Dewey, y de contribuir a su empleo universal?

Este problema práctico se plantea particularmente a nuestros países latinoamericanos, por cuanto nuestras biblio-

tecas se hallan en su período inicial de reunión de material y de organización. Por esto decíamos al comenzar que emprendíamos el presente trabajo con la ambición de contribuir a la solución de este problema.

No se habrá ocultado al lector que nuestra opinión personal se inclina resueltamente a una negativa. O sea, estimamos que los defectos del sistema no alcanzan a compensar sus ventajas. Desde luego, estimamos que una razón de principio, de lealtad al espíritu científico más elemental, nos veda aceptar lo más fundamental y característico del sistema; la obligatoria división en *diez*. Y en esto no cabe transigir. Pero aun cuando no existiera esta falla básica, todavía las ventajas de la adopción del sistema Dewey no compensarían la aceptación de sus numerosos defectos restantes.

En cuanto a la ventaja de la universalidad, es de mucho menos importancia de lo que a primera vista parece. Por una razón muy sencilla: cualquier sistema de clasificación racional, siempre que nos ofrezca su índice alfabético de referencias, permite encontrar facilísimamente la materia requerida. Ahora, la formación de tal índice alfabético no es monopolio exclusivo del sistema Dewey; más aún, es una condición que debe imperativamente llenar todo catálogo de biblioteca que aspire a servir realmente a sus lectores.

Y así lo deben haber comprendido en los mismos Estados Unidos, cuyas bibliotecas se hallan muy lejos de la adopción unánime del sistema Dewey. Desde luego, la biblioteca más importante del país—y una de las mejores del mundo,—la Biblioteca de Washington, tiene su sistema propio de clasificación.

Esto no quiere decir que recusemos la idea misma de una clasificación universal. Pero, en todo caso, no podría ser la Dewey, cuyo carácter acentuadamente local y particularista le rezuma por todos los poros. Para llegar a una clasificación que mereciera su adopción universal, debería constituirse una comisión de expertos en que tuvieran representación las principales culturas florecientes hoy día en el mundo—ya que sería imposible hacer comparecer a portavoces de las culturas ya fenecidas,—los que deberían elaborar un Proyecto de clasi-

ficación bibliográfica universal. Dicho Proyecto sería impreso y ofrecido a los estudios y a las críticas de cuantos se interesan por el asunto en toda la redondez de la tierra, y entonces, sólo entonces, se podría pensar en la adopción de una clasificación concreta en cuya elaboración habrían participado los doctos de todos los países, bajo la coordinación superior de un grupo de expertos de carácter cosmopolita.

La clasificación Dewey exterioriza en sus detalles una asombrosa erudición, pero en todo lo que es síntesis, una cultura carente de madurez y profundidad. De aquí deducimos que una biblioteca que adopta su propio sistema de clasificación, no por eso renuncia a utilizar el trabajo ingente y realmente ciclópeo cristalizado en la clasificación Dewey. La casi totalidad de esa labor de hormigas, digamos, es aprovechable por cualquier sistema de clasificación: bastará con redistribuir esas prolijas y minuciosas subdivisiones—en que, muy bien comprendemos, se ha materializado la labor especializada de centenares de técnicos en las diversas ramas del saber humano—dentro de la pauta o el marco de la clasificación que se quiera, para hacer servir todo lo positivo y realmente científico del aporte de Dewey en provecho de un esquema general más racional, y entiéndase bien, efectivamente *universal* de clasificación.